

## Silencio del amanecer

Sus ojos me miraban cargados de afabilidad, como es propio de una anciana que habla con su nieto. Alcanzaba incluso a verme reflejado en sus pupilas, oscuras y profundas. Las arrugas de su rostro no hacían sino remarcar su expresión de dulzura. Éstas, junto con su cabello gris claro y corto, eran testimonio indudable de la edad.

–Has crecido muchísimo desde la última vez que te vi –me dijo, con su característica voz aguda pero aterciopelada.

–Lo sé –hago una pequeña pausa–. Te echo de menos, abuela. ¿Por qué no nos visitas más a menudo?

–Ya sabes que no puedo... Lo siento mucho, cariño –responde ella, apenada.

–No es tu culpa...

Nos quedamos en silencio unos segundos, un silencio cargado de emociones y experiencias que queremos compartir. Ambos queremos seguir hablando, pero no conseguimos articular ninguna palabra. Su mirada entonces se dirige a mis manos, y acto seguido las sujeta con las suyas. Su piel, como siempre, está suave pese a sus arrugas. Me las acaricia y yo observo el movimiento de sus dedos.

–Félix, ¿estás bien? Creo que no estás en un buen momento, ¿verdad?

–La verdad es que no. Necesito a alguien que me ayude con todo esto.

–¿Sabes que estoy aquí para cualquier cosa, no? –me recuerda, agitando mis brazos.

–Ya... –consigo decir, pese a tener un nudo en la garganta. Esbozo una ligera sonrisa de melancolía, aliviado en parte por su calidez.

–Ven, chiquito –susurra. Sus brazos me rodean y me acercan a ella. El fuerte y prolongado abrazo me reconforta en cierto modo. Justo igual que cuando era pequeño. Recuerdo aquella vez que me caí por las escaleras del zaguán de su casa. Estaba jugando con mi hermana María al “pillapilla”. Yo era el que huía mientras ella, con sus adorables y pequeños pasos, se esforzaba en perseguirme. Me acuerdo perfectamente. Al caerme, María llamó a mi abuela, que se encargó de recogerme y abrazarme en su sillón del salón hasta parar de llorar. Seis años tenía. Ahora, trece años más tarde, me encontraba otra vez llorando sobre su hombro, en el mismo salón.

Poco después se aleja ligeramente de mí, para sujetar mi cara y secar mis lágrimas. El silencio resuena de nuevo en el salón, en ocasiones interrumpido por mis sollozos. Ella se sienta en su sillón color beis, quejándose en voz baja por el esfuerzo que le supone sentarse. Después, me ofrece tomar asiento en el sofá:

–Está empezando a refrescar; siéntate y tápate, que la estufa está encendida.

–Gracias –contesto, intentando evitar que se me quiebre la voz de nuevo. Dicho esto me meto en el sofá y me arropo con la falda oscura de la mesa. El aire caliente asciende por mi cuerpo, provocándome un ligero escalofrío.

–Mira, Félix, yo sé todo lo que te ha pasado últimamente. Sé que es muy duro soportar la separación de tus padres, sé que te insultan en el instituto y que por eso has bajado tus notas, y sé que el amor nunca es justo. Pero todo eso va a acabar tarde o temprano. Tienes una vida por delante y esto tiene que hacerte fuerte. Porque tú eres capaz de todo, cariño.

Sus ojos comienzan a humedecerse mientras habla, y sus labios tiemblan ligeramente.

–Pero esta no es la solución. Por Dios, Félix –su tono de voz se vuelve más severo–, tu madre te quiere demasiado y María también. Y ellas te pueden ayudar, sin duda.

–Ya, pero papá... —replico, agachando la cabeza.

–Tu padre no merece la pena. Siento decir eso porque es mi hijo, pero no lo considero así. Tu padre es una persona despreciable, es un maltratador.

–Yo soy el que tiene la culpa de que se quieran divorciar. Y no puedo perdonármelo –mi voz vuelve a quebrarse y trago saliva para continuar–. No puedo, de verdad.

–Félix... Que es por culpa de tu padre. Y tu vida no es sólo eso. Hazme caso, de verdad.

Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas.

–Abuela, es que no tengo ganas de nada. Todos los días se reducen a dormir, comer, pasarlo mal por culpa de gente que no es capaz de aceptarme, tener miedo, sufrir por lo mal que lo pasa mi madre e intentar hacer algo para salvar mi curso. Estoy harto. Me da igual absolutamente todo lo que me pase ya, esto es muy angustiante. Además, me siento mal por estar así. Yo no quiero ser así. Ojalá no fuera yo mismo, la gente dejaría de acosarme y a lo mejor mis padres se conciliarían. Lo siento...

–Escúchame, ni se te ocurra decir esas cosas –responde, muy seria.

–Tú ya sabes cómo me siento, ¿no?

–Claro que lo sé, eres mi nieto y yo he tenido que aguantar muchas cosas así. Pero he salido de eso. Busqué ayuda y la encontré. Y créeme, para ti es más fácil encontrarla. Tus problemas ahora mismo te parecerán insuperables y lo único que está ocurriendo en tu vida. Pues no, no es así. Por favor, Félix. Tu futuro es muy prometedor, yo lo sé. Así que no pienses tonterías.

–Pero...

–Ya, ya sé que no puedes cambiar tu actitud de un momento a otro –ahora su tono se ha vuelto muy calmado, casi imperceptible–, pero puedes aguantar y buscar a gente nueva. No sé cómo van las cosas ahora, pero seguro que es posible. Necesitas rodearte de otra gente y despejarte. Date un tiempo y procura evitar pensar que eres el culpable. Ven, anda...

–Abuela... –me acerco a ella, aún con lágrimas en las mejillas y sollozando. Igual que hace trece años, poso mi cabeza en su regazo y ella me consuela y abraza. Sus caricias sanan emocionalmente. Igual que su presencia.

Permanecemos un rato así; en silencio otra vez, nuestro fiel compañero junto con la soledad. De vez en cuando me pregunta si me siento mejor, a lo que yo asiento. Sin duda. El tiempo con ella me está curando el corazón y el alma.

La luz amarillenta de las farolas, bajo el ahora oscuro cielo de la noche, entra por la ventana creando una iluminación muy tenue en el salón. Esa luz ilumina el rostro de mi abuela, contrastando fuertemente con las sombras en el mismo. Pero esa pequeña fuente de luz desaparece. La negrura recubre ahora todo. Cerrar los ojos es equivalente a tenerlos abiertos en ese sobrecogedor, tétrico y hostil ambiente.

–Abuela –pronuncio ante la nada, mientras me incorporo, intentando obtener una respuesta por su parte–. ¡Abuela!

Un pavor recorre repentinamente tanto mi cuerpo como mi alma. «No puede haberse ido» me repetía, tratando de tranquilizarme. Otra vez no. Siento cómo mi corazón empieza a palpar a un ritmo anormalmente rápido. No paro de gritar «abuela» sin resultado alguno.

–Abuela, por favor, ¡no te vayas! –la desesperación es notable en mi voz, y mis ojos, ya secos, se abren todo lo posible para tratar de ver algo. Pero nada.

Así, decido agacharme, consumido por la desesperanza y el miedo. Con la mano trato de palpar la superficie del mueble que habría frente a la mesa y al sillón. Es exactamente igual que cuando había un apagón cuando era pequeño. No dudaba en acercarme a la pared y agacharme, intentando protegerme de cualquier monstruo que pudiese haber cerca. El monstruo era ahora el vacío, la soledad, mi ansiedad, mi depresión. Y el silencio era ahora mi enemigo.

Algo me toca el brazo. Dudoso, levanto la cabeza para tratar de ver qué pasa. Una luz blanca artificial e intensa me ciega, pero reconozco la silueta que se encuentra ante mí. Es mi padre. El contorno de sus ojos tiene un tono rojizo, probablemente de secarlos. Su expresión es de total indiferencia, pero eso era malo.

–Por qué no puedes ser fuerte como los demás? A ver si se te pasan ya tus tonterías, pedazo de inútil.

Mi madre está en el fondo, llorando desconsoladamente, a diferencia de él. Su pelo negro con canas está desordenado. Su cara muestra signos de edad que no le corresponden. Son de haberlo pasado mal. Mi padre, al ver que estoy mirándola, se gira y la observa con desprecio. Su puño se cierra con fuerza, y, apretándolo aún más, se acerca a ella iracundo. No puedo mirar. Vuelvo a esconder mi cabeza en mi propio regazo, pero escucho el desgarrador alarido causado por el golpe. «Esto es por tu culpa, Leonor, que lo sepas» grita una voz grave. Mi mente se centra ahora en mi madre. No tiene por qué soportar a ese cabrón. Me dan arcadas y mi corazón da un vuelco. «Mamá...» pienso.

Ahora mi padre me coge del brazo, y, mientras me resisto a elevar la cabeza, me levanta y me lleva a través de un pasillo. El suelo tiene unos azulejos blancos que me resultan familiares a la par que estremecedores, pero no consigo identificarlos. Por eso decido levantar la cabeza. Y sé dónde estoy. Es el tanatorio.

Dejo de sentir la presión en el brazo al entrar en una sala mayor, pero ahora vuelvo a estar solo. Excepto por una cosa. Un ataúd justo enfrente. Un ataúd marrón oscuro, sobrio, silencioso, aterrador. Y dentro estaba ella: mi abuela. Noto cómo algo dentro de mí se vuelve a romper. Igual que hace ocho años. Pero esta vez es más intenso. La cabeza me empieza a dar vueltas. Su tez pálida transmitía una sensación extremadamente inquietante. La de alguien que no se mueve. La de alguien que está muerto.

Quiero vomitar. Pero no puedo. Tampoco puedo moverme. No puedo siquiera gritar. Pero algo ocurre entonces con ella: su cara comienza a rejuvenecer y cambiar de forma y a perder su pelo claro, que se transforma en un color castaño parecido al mío. De hecho, es mi pelo. La persona del ataúd soy yo. Quiero gritar y huir, pero sigo sin poder. Siento un nudo en la garganta y mi corazón late tanto y tan fuerte que da la sensación de que va a salir de mi pecho. ¿Por qué estoy ahí? ¿Qué ha pasado? Joder, tengo que estar soñando. Pero no puedo despertar.

Entonces mi cuerpo se empieza a mover. El del ataúd. Yo sigo inmóvil, y el miedo que siento es indescriptible. El cuerpo aparentemente inerte extiende su brazo derecho y aprieta mi cuello. No puedo respirar, pero escucho su respiración perfectamente. Su boca empieza a abrirse mientras yo me ahogo con mis lágrimas.

–Esta no es la solución –el cuerpo repite lo que dijo mi abuela antes.

La frase es ahora lo único que escucho. La muerte no es una solución. Sus muñecas tienen una herida que se alarga verticalmente por el brazo. ¿He muerto así? No quiero desaparecer aún. Pero el aire me falta y mi visión se oscurece. Me voy a desmayar. ¿Voy a morir otra vez? «Abuela..., mamá..., María...» murmuro, con mucho esfuerzo. Esto tiene que ser un sueño... No...

Pero repentinamente siento que la presión en el cuello ha dejado de existir. Puedo respirar. Sigo vivo. ¿Lo estoy realmente? Trato de ignorar eso por ahora y sentarme en el suelo. El ruido estático de las luces del tanatorio es ahora lo que suena. Al menos no hay silencio. Gateando, me desplazo hasta un banco de la misma sala y me siento. Resoplo y apoyo mis manos en mis muslos, en un gesto de infinito alivio. La soledad de la habitación me perturba un poco, pero necesito recuperarme de modo que simplemente la ignoro.

«Quiero despertar, esto es una pesadilla» pienso continuamente. Aunque, ¿y si no puedo despertar? ¿Y si he muerto de verdad? Esto me hacía sentir un vacío inmenso, no sabía qué pensar al respecto y menos aún como sentirme. Las lágrimas brotan por sí solas de mis ojos otra vez. Necesito ayuda, desde luego. La abuela tenía razón. Me descubro en mis pensamientos suplicando por seguir vivo. No sé a quién, aunque tampoco me importa.

Unos dedos suaves secan mis lágrimas y me acarician la mejilla izquierda. Una paz inquebrantable invade en ese momento mi cuerpo. «Eres tú» susurro. Levanto la mirada y la veo: en efecto es ella. La luz que nos rodea, ahora natural y diurna, muestra el salón

con el que tan familiarizado estoy. Directamente me siento en el sofá y me arropo como antes.

–Abuela, te he echado de menos, ¿sabes?

–Lo sé, y yo a ti.

–Quiero volver –ruego, como si de ella dependiera.

–Félix... eres igual que cuando chico.

–¿Igual de miedoso? –pregunto con una pequeña sonrisa. Ella también sonrío.

–Lo contrario, –responde riendo– eres muy fuerte pero no lo sabes. Siempre has dependido de nosotros cuando, en realidad, eres capaz de desenvolverte tú solo.

–No sé...

–Me acuerdo de aquella vez que estando aquí dijiste que no sabías dibujar. Pero en cuanto te pedí un dibujo estuviste toda una tarde trabajando en él. Era precioso. Te dibujaste a ti mismo jugando con María como siempre, y me pusiste sentada en el sillón regañándoos porque ese día estabas molesto conmigo. Pero aun así te esforzaste por mí. Tienes un corazón que vale oro, Félix.

–Te queremos mucho, abuela. Nos acordamos todos los días de ti.

–Yo también os quiero más que a nada. Siempre estaré aquí, velando por vosotros.

Pese a ser una despedida, no me siento triste como tal. Es una especie de melancolía combinada con sosiego, por lo que no puedo evitar sonreír con ternura ante sus palabras. Su mirada vuelve a ser la de antes: una abuela orgullosa de su nieto y feliz de volverlo a ver, aunque sea por última vez.

–Todavía no es tu momento, va siendo hora de que vuelvas, ¿no crees?

–Ojalá hubiera pasado más tiempo contigo...

Lo que importa no es el tiempo, sino cómo lo aprovechas. Y créeme, a lo largo de mi vida me demostraste y enseñaste muchísimas cosas. Tus abuelos y tu madre tienen que estar muy orgullosos —me consuela, con un tono suave.

–Adiós, abuela. Gracias por todo.

–Adiós, cariño.

. . .

Un fuerte ruido perfora mis oídos mientras mis ojos se mantienen cerrados. La oscuridad absoluta se convierte en un atisbo de luz intensa que hace que tenga que abrir

y cerrar los ojos repetidamente para acostumbrarme. Pronto comienzo a distinguir formas: estoy en una habitación aparentemente de hospital. La luz entra por la ventana, es la luz del amanecer. Miro mis brazos heridos y cubiertos con vendas, y penetrados por numerosos tubos conectados a alguna máquina que no sé dónde estará. Ahora recuerdo todo lo que ha pasado. Lo suponía. Pero ya no me siento como la persona que hizo esto, soy más fuerte.

Mi mirada recorre la habitación lentamente. A mi derecha está la pared blanca, y a mi izquierda, a contraluz, veo las siluetas de mi madre y mi hermana. Aún duermen.

–Lo siento mucho, os quiero –susurro, sin esperar ninguna respuesta. «A ti también, abuela» pienso. El silencio reina en la habitación de nuevo. Pero es distinto, es el silencio de un nuevo amanecer.

Miguel Cabeza López

2º Bachillerato A

*Ganador del XXIX Concurso de Relatos  
del IES Juan de Aréjula. Modalidad B*